

LOS NIETOS DE HIPÓCRATES¹

Gregorio Marañón

Arte y medicina

Un médico que hace literatura, como el Dr. Herce, se presta siempre al comentario del espectador.

¿Pueden los médicos hacer arte a la vez que hacen recetas o laparotomías? Algunos se plantean así el problema. La contestación es obvia: cada uno puede hacer lo que quiera o lo que le dejen hacer en este mundo. “de su capa un sayo”, como dice el refrán No discutamos, pues, con los intransigentes. Pero otros se preguntan: ¿Deben los médicos compartir su actividad profesional con la elucubración artística? Como esto es ponerse en razón, merece la pena de meditar la respuesta.

En mi opinión los médicos no deben hacer manifestaciones externas y ostentosas de otro arte que el de Esculapio. Bueno que cada cual reserve una parcela de su jardín para el cultivo de esta o la otra actividad artística. Hemos convenido todos en que el susodicho Esculapio hace buenas migas con las Musas, y que precisamente las busca con especial necesidad para templar la aridez que da al espíritu el contacto permanente con el dolor. Pero tal vez sea lo discreto reservar esas actividades extracientíficas para el propio



placer o, a lo sumo, para el de la familia, sin exponerlas a un público veredicto.

Las razones de este criterio reservado son dos y ambas perfectamente obvias. La primera es que, salvo los genios dotados de una aptitud creadora universal, como la que tenían Goethe o Leonardo, el cerebro humano no puede repartir su rendimiento en dos órdenes de actividades (la profesional y científica, de un lado, y de otro, la artística) cada una de las cuales requiere y absorbe la concentración total del pensamiento. Se puede ser un profesional de la ciencia y un dilettanti del arte, o viceversa; pero si se pretende profesar en la ciencia y en el arte por igual se corre el peligro de no pasar de dilettanti de los dos. Si un pintor dedicase sus ratos de ocio a recetar, es seguro que nadie acudiría a él para aliviar sus achaques. Y del mismo modo, la gente ve con reserva los cuadros o las novelas de los médicos en cuanto traspasan los límites de una discreta intimidad. Cuando los médicos que son a la vez pintores o escritores empiezan a adquirir un valor artístico positivo ante el público, automáticamente el prestigio científico se esfuma. Y siempre ocurrirá así.

La otra razón de que los médicos deban guardar en arca cerrada su producción artística es esta: si dicha producción es mediocre, como ocurrirá indefectiblemente en los hombres de ciencia absortos en la

¹ Prólogo al libro *Los nietos de Hipócrates (Humorismo médico)*, del escritor y médico español Félix Herce, publicado en México en 1942.

investigación, su difusión empañará el brillo de la obra profesional y científica. Yo no soy de los que creen que el médico es un sacerdote, según la expresión clásica. Pero tampoco creo que el médico deba ser fuera de su casa un hombre como los demás. No es preciso que lleve un gorro de nigromante ni que ostente a todas horas una seriedad doctoral; pero su papel en la sociedad, a veces trascendental y siempre delicado, le exige un *mínimum* de atildamiento moral, de corrección de costumbres y de interés en lo que se llama vulgarmente “guardar las formas”. En todo momento debe dar la sensación de que en él no se rompe nunca aquella disciplina interior que es necesaria para andar por entre los bastidores de la vida. Esto no tiene duda. Todos los huecos, tan profundos por desgracia, que presenta nuestra ciencia, nuestros semejantes se encargan de rellenarlos con la confianza, con la fe, cuyo valor terapéutico, por otra parte, supera a veces al de las drogas más eficaces. Y esta confianza se basa, en gran parte, en accidentes meramente externos. Un médico sucio, incivil o deforme puede inspirar una fe infinita a sus pacientes; y podría citar ahora mismo muchos ejemplos si tuviera el arte de Herce de decir sin desagradar las cosas desagradables. Pero lo que no es posible es conservar el prestigio a un individuo que deliberadamente hace el ridículo.

El buen y mal letamendismo

He aquí, pues, nuestra fórmula: dentro de casa, lo que se quiera; en la calle, o médicos o artistas. Letamendi, surge inevitablemente al llegar a este punto el discurso del comentarista. No hace mucho que defendía yo, como mejor podía, a este personaje de los furiosos ataques de mi amigo el Dr. Lafora. Letamendi, aparte de su misa de réquiem para redoblante, de sus libros de Patología general que todavía atormentan las mentes juveniles de nuestros estudiantes y de otras mil dispares actividades de su ingenio, dijo muchas cosas llenas de sagacidad, de exactitud y de clarividencia. Pero entre la multitud de sus apotegmas ingeniosos hay uno henchido de doctrina nefanda. Y es justamente el que más se ha popularizado de todos los suyos. Gran parte de los médicos actuales no conocen a Letamendi más que por esta sola frase: “el médico que sólo sabe medicina, ni aún medicina sabe”. Jamás unas palabras bonitas han servido de pabellón a una inexactitud tan grande como la que encierran las que acabamos de copiar.

No: la medicina es una técnica por encima de todo; y el que posea esta técnica en grado de suma perfección sabrá más medicina que nadie aunque sea un ignorante y un zote en todos los demás aspectos de la vida. El saber muchas cosas además de la medicina podrá añadir al valor médico puro un brillo y un prestigio incalculables, que facilitarán a quien posea estas prendas accesorias el comercio profesional y el acceso a los lugares eminentes de la

profesión, como sillones de Academias y Consejos. Pero con esto y sin esto sólo sabrá de medicina el que la sepa bien. Es más: el saber muchas cosas acarreará el peligro de que bajo una apariencia brillante corra un caudal exiguo de ciencia verdadera. Así pues, nosotros opondríamos al aforismo letamendiano este otro completamente perogrullesco: “al que sabe medicina le sobra todo lo demás para ser un buen médico”.

En todos los países y en todas las épocas ha habido médicos que cultivaron delicadamente las bellas artes. Recuerdo entre nuestros contemporáneos las admirables acuarelas de Labbé, los profundos paisajes de Huismans, los de nuestro Lafora y libros perfectos de profesionales cuyos nombres están en la memoria de todos; y tantos más. Pero siempre el arte aparece en estos casos como una pluma brillante pero accesoría que adorna la blusa blanca y lisa del investigador o del clínico. Cuando el médico se hace de veras artista no sólo deja de ser médico, sino que se olvida de la medicina, y aun adquiere cualidades notoriamente antimédicas, como le pasa a Pío Baroja.

La evolución de Herce

El caso de Herce me hace pensar en todo esto. Herce fue un escritor de vocación desde que era estudiante. La medicina no le sirvió nunca más que como una mina de donde extraer el material para sus sátiras. Le creo muy capaz de ser un médico excelente el día que se le ocurra; pero entonces dejará la literatura. Por ahora es sólo escritor; y por ello sus libros circulan con *vía libre* en el Parnaso y no con un precario “permiso especial para aficionado”. Y este que ve ahora la luz es, con gran ventaja, el mejor de todos sus volúmenes.

Como nuestro autor ha dicho tantas verdades a los demás, me permitirá que yo le diga una, antes de terminar: su literatura ha dado en poco tiempo un cambio dichosísimo. Hasta no hace mucho su vena, siempre abundosa y centelleante, esa demasiado gruesa; se había formado en las aulas y allí la sal es gorda y sin lavar, como recién extraída de los tanques. Ahora se afina cada día más. Cada día se ve mejor –todos lo advertimos– bajo el desenfado externo de sus farsas, el espíritu bondadoso y noble de este gran ingenio, cuyas frases corren de clínica en clínica con estruendo aristofanesco. Herce, maestro ya en el arte de hacer reír, se adiestra ahora en otro mucho más difícil y elevado: el de hacer sonreír, que es también hacer pensar. 

Gregorio Marañón y Posadillo (Madrid, 1887–1960). Médico, científico, historiador, escritor y pensador español, cuyas obras en los ámbitos científico e histórico tuvieron gran relevancia internacional. Durante un largo período dirigió la cátedra de endocrinología en el Hospital Central de Madrid. Fue *académico de número* de cinco de las ocho Reales Academias de España (de la Lengua, de la Historia, de las Bellas Artes, Nacional de Medicina y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales).